

EL COMUNISMO ESLAVO

La mejor forma de conocer una doctrina es observando cómo opera en la práctica y palpando las consecuencias que produce en la vida de relación. Durante un viaje por Rusia extendido a través de sus países satélites, pudimos apreciar objetivamente el desenvolvimiento de la actividad nacional donde impera el comunismo.

Aunque de idéntica esencia éste ha producido diversos efectos en los países eslavos. En algunos de ellos demuestra palmarios signos de evolución. Es notorio el contraste entre lo que allí implica y el caótico significado que tiene el comunismo en la Cuba castrista o en la China Asiática.

Superada la etapa de su implantación inicial extremadamente cruenta, hoy reina en la Unión Soviética así como en los demás países del bloque marxista, una tranquilidad de sorprendente magnitud exterior; el orden que prima y el grado de estabilidad social dentro del cual parece desenvolverse la vida comunitaria, no son imperceptibles a nadie. En la República Socialista del Soviet el comunismo está arraigado definitivamente. No aconte-



DARIO LONDOÑO VILLA

ce lo mismo en Checoslovaquia y Yugoslavia, ni sucede lo propio en Rumania, Hungría o Polonia. Casi todos los integrantes de la población rusa de hoy nacieron durante la vigencia del ensayo marxista. Se cumplen ya cincuenta años desde que, derrocado el milenarismo e inepto zarismo, surgió a la vida política el sistema colectivista.

La conquista del Kremlin, meta permanente de los tártaros, objetivo de las falanges polacas y sueño de Napoleón, traducidos sucesivamente en asaltos guerreros, fue logrado por las huestes rugientes de Lenin utilizando la logística de la anarquía. Todos buscaban apoderarse de tan rica extensión de tierra. Esa sede del gobierno, encarnación estratégica de una potestad que regía todas las provincias rusas, cayó en sus manos en 1917. Así, el comunismo se expandió por todos los rincones del territorio. Quedaba convertido en vivencia tangible el primer chispazo de una filosofía política que se fundamenta exclusivamente en la concepción materialista. Según sus ideólogos esta debe conformar la existencia total del hombre, con prescindencia absoluta de cualquiera otra noción. Su antítesis, nuestra doctrina, no obedece al determinismo económico: se informa en una consideración que sustenta un principio completamente opuesto. Sin desconocer la realidad objetiva y sin prescindir de la urgencia material, valora lo ético-espiritual en un estadio de primacía. El choque ideológico es patente y será de duración perenne. Parece no obstante, que la conformidad de cada uno a su pro-

pia creencia prescindiendo de imponer la suya por la fuerza, hoy cobra vigor para desembocar en un estado perdurable de coexistencia pacífica.

Cerradas, hasta hoy que empiezan a despejarse los canales del turismo, las fronteras del mundo exterior, la población rusa no dispuso antes de una imagen de comparación distinta de la que podía establecer examinando retrospectivamente la existencia de sus antecesores de los años zaristas, con la realidad de su condición presente. Una propaganda estatal orientada tenazmente hacia un determinado fin, cerraba el ciclo; patentizaba un cuadro de ventajosísima calificación en favor de su género de vida presente. Es explicable, entonces, juzgar que las generaciones actuales del imperio bolchevique asignen al comunismo un valor de redención insustituible.

Basándonos en signos no menos demostrativos, concluimos que el fenómeno dista mucho de ser similar en los demás países sometidos al vasallaje soviético. Allí el efecto práctico del estado marxista ha sido menos favorable; muy desventajosa la comparación que establecen sus gentes con las condiciones que prevalecían antes de la última guerra. La estructura socialista en tales naciones surgió de una emergencia. Les fue impuesta. Es contraria al alma individualista de casi todos aquellos pueblos. Sus costumbres no han podido ser destronadas porque la nueva doctrina no se conforma con su propia idiosincrasia. Transcurrido algún tiempo despertaron a la verdad y aquellos pueblos se han hecho cons-

cientes, aunque inútilmente, del predominio de un despotismo impuesto por Rusia, tan ajeno a su interés y tan contrario a su espíritu nacional como el nazi.

Siendo Rusia, la meca auténtica del comunismo, es allí donde el régimen de vida colectivista se ha experimentado por más tiempo. Ya existe base para conocer su incidencia práctica; hay fundamento para apreciar su valor. Indudablemente resaltan índices de positivo mejoramiento en la vida del pueblo. No hay miseria pero no existe riqueza porque donde todo es de positivas en materia fundamental para la vida de relación y rigen prácticas esenciales para la seguridad personal. Estos signos no dejan de incidir favorablemente en el visitante oriundo de nuestras turbulentas democracias. El nivel material de vida con el que florece en algunos países donde predomina el sistema opuesto, de apreciable superioridad. Un ejemplo es el que presentan los Estados Unidos, a pesar de que la Unión Soviética dispone dilatadas extensiones de tierra y cuenta con riquísimas concentraciones de recursos naturales. Asimismo, el grado de desarrollo general de los bolcheviques no resiste análisis dentro de idéntico plano de comparación, con Francia, con España o con las naciones de la península escandinava no obstante el haber sido favorecidos estos con elementos de riqueza menos intensos.

En Rusia, el aprovechamiento de sus abundantes recursos aplicando a su explotación un alto grado de avance técnico y mediando el extendido índice

de escolaridad que se ha alcanzado allí, ha producido, como consecuencia, un innegable avance de mejoramiento. El fruto de una labor ejercida a través de 50 años por una extensa masa, en condiciones óptimas de orden y realizada en situación de inquebrantable estabilidad tiene que ser forzosamente elevado dentro de cualquier sistema estatal. La disciplina y la adecuada jerarquización de toda la estructura gubernamental son factores impulsores del desarrollo general. Sin embargo, no queda duda que, dentro de un régimen de mayor amplitud a la iniciativa privada, Rusia habría adelantado en mucho mayor medida. Dada la esencia íntima de la naturaleza humana esta requiere, para desenvolverse mejor, el acicate del estímulo personal. La totalidad de su población está bien instruida y se encuentra duramente avezada al trabajo. Un factor de positivo rendimiento, en varios países, ha sido la adecuada planeación en el campo de la actividad pública. En los organismos rusos rige un concepto de dirigismo estatal que trasciende sus objetivos naturales produciendo efectos contrapuestos y retardatarios.

Muchas de las realizaciones técnicas que se han logrado han sido alcanzadas en idéntica medida por otras na-

DARIO LONDOÑO VILLA

Industrial de Medellín. Estudios en Inglaterra. Ex-alcalde de la ciudad de Medellín por dos años bajo el Gobierno Departamental del General Píoquinto V. Rengifo. Actualmente Presidente Ejecutivo de la Fraternidad Caritativa Medellín. Hizo recientemente un viaje de estudio por Rusia y de más países de la órbita comunista.

ciones sin imposiciones sangrientas. No pocos de sus experimentos científicos se han perfeccionado en diversos países sin necesidad de esterilizar la voluntad ni ocurrir a precio tan elevado como el de confiscar la conciencia. En cuanto a los progresos educacionales podría afirmarse otro tanto, así como de las conquistas de mejoramiento social predominantes en Rusia. Ante tal palmaria evidencia no podríamos aceptar con base en la realidad la formulación comunista de que solo esta tiene en cuenta la dignidad del proletariado dentro de sus postulados. Eso no es cierto.

Al pisar tierra de Rusia el turista colombiano advierte el impacto restallante de una civilización que le es completamente extraña; su modalidad contrasta con muchos repliegues de nuestras costumbres occidentalistas. Esa regimentación de todo y un estatismo excluyente, hiere, de inmediato, el pensamiento y aprisiona psicológicamente el espíritu. Paralelamente debe admitirse en la Rusia moderna la entronización de normas sabias. Es plausible la presencia de costumbres que constituyen pilares reguladores del bien social. La seguridad individual es de un diáfano patetismo; es notorio el respeto por los bienes ajenos. Reluce la limpieza en las vías públicas así como es ostensible el aseo de todos los lugares comunes. Aunque obliterada de raíz, mediante represiones violentas al principio, la noción religiosa, los códigos soviéticos consagran en su legislación positiva infinidad de preceptos provenientes de nues-

tra moral evangélica. Están proscritos los garitos, prohibida rigurosamente la prostitución y protegido de manera eficaz el núcleo familiar. El deporte y el estudio de las bellas artes son actividades auspiciadas sistemáticamente por el estado soviético. Es sorprendente la ausencia de propaganda obscena. Dentro de algunos países de la cortina de hierro son comunes las campañas oficiales encaminadas a divulgar la nociva incidencia del alcoholismo, hábito muy difundido en todos los pueblos eslavos.

Los malabares de la alquimia moderna no han logrado sustituir la esencia antropológica del ser ni los laboratorios atómicos han conseguido variar la biología del hombre. Sus reacciones psicológicas se diversifican conforme al ambiente circundante pero solo dentro de límites que no traspasen la inmanencia de su propia naturaleza. El ejemplo del morador ruso sometido a la terapia ofrecida por el socialismo marxista, confirma el aserto.

Allá se buscó eliminar las clases, sustituyendo la estructuración vertical mediante una nivelación general de todos. El resultado no ha sido otro que una superposición de capas con distintos nombres y de diferente matiz. Ampliada la base de formulación horizontal vuelve a patentizarse gradualmente el orden de capacidad y a plasmarse el sentido de jerarquía. Al ser destronado el capital de posesión individual surgió el capital de posición. El sistema condujo a una concentración, en pocas manos, del poder político y de la fuerza económica. Quie-

nes disfrutaban de autoridad gubernamental dominan todas las actividades del hombre. Sin embargo, las reacciones del ciudadano común siguen siendo tan típicas en Rusia como las del hombre de la calle en cualquier otro medio. Quiere la paz, repudia los horrores de la guerra, y busca que se le permita vivir mejor. La perspectiva de mejor ganancia le mueve a desplegar mayor actividad; ante el temor del castigo obedece la ley. Como en Rusia no está entronizada la deletérea impunidad, enseña el orden.

Los personeros del movimiento revolucionario en su lucha por el poder, estructuraron su seductora dialéctica en la necesidad de mejorar el estado de la clase proletaria. Tan nobilísimo postulado solo envolvía una tesis de hondo significado cristiano. Cansagrada en todas las legislaciones del mundo se ha venido aplicando en muchos estados capitalistas con no menos empeño que en Rusia. El mejoramiento de la clase obrera ha sido conquista del siglo y no puede atribuirse exclusivamente al advenimiento del comunismo.

Sin embargo, el obrero ruso y el trabajador asalariado de todos los países socialistas ya quedó sometido rigurosamente al régimen de incentivos económicos. Pese a las contradicciones doctrinales del sistema, ante los resultados de la inercia colectivista, hubieron de equipararse con el oprobioso método del mundo capitalista. Los premios y bonificaciones dominan hoy la vida empresarial de los socialistas.

Deontológicamente consideradas las

condiciones del obrero no son en el paraíso comunista ni mayores ni inferiores a aquellas de las cuales disfrutaban los compañeros de la tierra situada fuera de la cortina de hierro. Allí se le remunera también en proporción al rendimiento de su trabajo y en la medida de su calidad. Está amparado por seguridades sociales que cubren su vejez y dispone de auxilios de enfermedad, pero está obligado, por disposición oficial, a contribuir periódicamente con una porción de su sueldo para acrecentar los fondos estatales.

La nueva modalidad es ciertamente contraria a los principios medulares de la exégesis comunista. Tan heterodoxa novedad que se abrió campo ante síntomas protuberantes de bajo rendimiento no encajaría ciertamente dentro de los ensueños de Platón y estremecería los falansterios de Fourier. Violentaría la idea de Marx y repugnaría a Engels. Sin embargo, cuenta con la aquiescencia de los comisarios del Kremlin. Es la fuerza de la naturaleza imponiendo su ley ante una realidad pragmática de incontrastable valor.

Pese a los gestos emancipadores de Mao, el verdadero impulso del mundo comunista proviene de la fuerza que le otorgan los 220.000.000 de rusos. El cerebro de esa fuerza continúa operando desde la médula del Kremlin. Las dentelladas radiales de Castro solo constituyen directrices de marioneta en trance de desasimiento.

La amurallada ciudadela del Kremlin en Moscú, es impresionante. Por su dimensión de grandiosidad transmite